

sion, en la pared baja que se prolongaba por la otra parte de la callejuela, la abertura de otra puerta se iluminó con la luz de una antorcha, que entró por ella; esta abertura, sobre la que estaba fija una cabeza de muerto, era la puerta del cementerio.

El wapentake entró, después los primeros acompañantes, luego la segunda antorcha, y por fin el cortejo entero de agentes de policía, el ataúd, el hombre de la pala, el capellan con el libro y con la antorcha, cerrándose en seguida la puerta. Solo se veía ya un débil resplandor por encima de la pared.

Se oyó un cuchicheo y después golpes sordos; sin duda los producían el capellan y el enterrador, que arrojaban sobre el féretro, aquel los versículos del rezo y éste paladas de tierra. El cuchicheo cesó y los golpes sordos también.

Oyóse el murmullo de ponerse todos en movimiento; brillaron las antorchas; apareció en la puerta el wapentake, llevando en alto el weapon; el capellan volvió a salir con el libro, el enterrador con la pala, y todo el cortejo, sin el ataúd; la doble fila de hombres repasó el mismo trayecto entre la puerta del cementerio y la puerta de la prision, con la misma taciturnidad y en sentido inverso; la puerta del cementerio se cerró, la de la cárcel se volvió a abrir, la bóveda sepulcral se alumbró dentro del postigo, la oscuridad del corredor apareció vagamente visible; la vista pudo contemplar la noche de la prision, y aquella multitud silenciosa se hundió poco a poco en las profundidades de la oscuridad.

Cesó el toque de la campana y reinó solemne, absoluto silencio. No quedó nada más de la aparición desvanecida.

Coincidencias lógicamente ligadas consiguen muchas veces hacer creer al raciocinio en la evidencia. Al ver Ursus que Gwynplaine fué encerrado en la cárcel, al pensar en el silencioso procedimiento de su arresto, en sus vestidos devueltos por un agente de policía, al oír el toque fúnebre de la campana de la prision, donde él estaba encerrado, y al ver pasar el ataúd y enterrarlo en el cementerio, exclamó, convencido y desesperado:

—Gwynplaine ha muerto!

Ursus cayó al suelo casi exánime.

—Me lo han asesinado! ¡Pobre, pobre hijo mio! dijo prorumpiendo en sollozos.

V.

La razon de Estado alcanza al pequeño y al grande.

Ursus se vanagloriaba de no haber llorado nunca, y por eso el receptáculo de su llanto estaba lleno, y tal plenitud, acumulada gota á gota, dolor á dolor, durante una larga existencia, no se vacía en un instante. Ursus sollozó mucho tiempo.

La primera lágrima hace la abertura que un pinchazo en el vientre de un hidrópico, y le hizo llorar por Gwynplaine, por Dea y por Homo y hasta por él mismo. Lloró como un niño, como un viejo; lloró por todo lo que se reía. Pagó su deuda atrasada, porque el derecho del hombre á las lágrimas no puede prescribirse.

El muerto que acababan de enterrar, como habrá supuesto el lector, era Hardquanonne, pero Ursus no lo podía saber.

Algunas horas después comenzó á rayar el día sobre la *bowling-green*. El alba blanqueó la fachada de la posada de Tadcaster. Maese Nicless no se había acostado aquella noche, pues muchas veces el mismo hecho produce varios insomnios; las catástrofes se extienden en diferentes sentidos: arrojad una piedra en el agua y esta arrojará diferentes salpicaduras.

Maese Nicless se creía en peligro por la aventura desagradable que sucedió en su posada, y meditaba temeroso y entreviendo complicaciones. Sentía haber admitido en su casa "semejantes gentes". Si él hubiera sabido!... Pensaba que acabarían por traerle alguna desgracia. Y cómo despedirlos ahora? Hizo escritura de alquiler á Ursus... ¡Si pudiese desembarazarse de él!... ¿cómo echarle de allí?

Bruscamente llamaron con estruendo á la puerta de la posada, modo de llamar que en Inglaterra anuncia á un personaje. La escala del toque correspondió á la escala de la gerarquía. No ponde á la escala de la gerarquía. No era el modo de llamar ahora el de un lord, pero era el de un magistrado. Temblando el tabernero entreabrió la ventana; era un magistrado, efectivamente.

Maese Nicless vió junto á la puerta, á la luz del naciente día, un grupo de policía, á cuya cabeza se destacaban dos hombres, uno de los que era el justicier-quorum; como el posadero vió á éste por la mañana del día anterior, le conoció, pero no al otro hombre, que era un gent-

leman grueso, con rostro de color de cera, peluca mundana y capa de viaje.

A maese Nicless le causaba miedo el justicier-quorum; pero si el tabernero hubiese sido cortesano, hubiese temido más al personaje que desconocía, porque era Barkilphedro.

Uno de los hombres del grupo por segunda vez llamó con violencia á la puerta de la posada. El hostelero, sudando, abrió.

El justicier-quorum, con el tono del que tiene un cargo en la policía, y acostumbreado á conocer á los vagabundos, levantó la voz y preguntó con severidad:

—Maese Ursus?

El posadero, quitándose la gorra, respondió:

—Señor, aquí está.

—Ya lo sé, replicó el justicier-quorum.

—No lo dudo, señor.

—Que venga.

—No está en este momento en la posada.

—Dónde está?

—Lo ignoro.

—Cómo es eso?

—No ha vuelto todavía, señor.

—¿Entonces, pues, saldría muy temprano?

—Al contrario, salió muy tarde.

—Estos vagabundos!...

—Ahí viene, señor, dijo suavemente maese Nicless.

Ursus, en efecto, se dirigía á la posada. Pasó casi toda la noche entre la cárcel, en la que al medio día vió entrar á Gwynplaine, y entre el cementerio, en el que á media noche había oído llenar una fosa. En su fisonomía se pintaban dos palideces: la de su tristeza y la del crepúsculo matutino.

Con la extraordinaria distraccion que la angustia ocasiona, se fué de la posada con la cabeza descubierta, y ni siquiera se apercibió de que no llevaba sombrero. El viento agitaba sus escasos cabellos grises. Sus ojos, muy abiertos, parecía que no mirasen. Con frecuencia, despiertos estamos adormecidos y adormecidos estamos despiertos. Ursus tenía el aspecto de loco.

—Maese Ursus, le gritó el tabernero, estos señores desean hablaros.

Ursus tuvo el sobresalto del hombre que se vé arrojado bajo la cama cuando dormía profundamente.

—Qué es eso? preguntó.

Conoció el grupo de la policía y al

magistrado que lo presidía, y recibió otra sacudida ruda. Antes el wapentake, ahora el justicier-quorum; parecía que uno le traía al otro.

El justicier-quorum hizo señal á Ursus de que entrase en la taberna; éste obedeció.

Govicum, que acababa de levantarse y que estaba barriendo la sala, se detuvo, se metió en un rincón, dejó la escoba en reposo y retuvo el aliento; introdujo la mano en su cabello y se rascó, lo que indicaba que estaba atento á lo que iba á suceder.

El justicier-quorum se sentó en un banco, delante de una mesa; Barkilphedro tomó una silla. Ursus y maese Nicless permanecieron en pié. Los agentes de policía quedaron fuera de la sala y se agruparon delante de la puerta cerrada.

El justicier-quorum, fijando la pupila legal en Ursus, le preguntó:

—Teneis un lobo?

—Sí, señor, respondió el filósofo.

—Conque teneis un lobo? repitió el justicier, subrayando la palabra lobo con un acento decisivo.

—Es que... dijo solo Ursus, y calló.

—Eso es un delito, repuso el justicier.

—Es mi criado, se atrevió á aventurar el filósofo.

El justicier puso la mano llana sobre la mesa, con los dedos separados, y dijo:

—Saltimbanqui, mañana á esta hora vos y el lobo no estareis ya en Inglaterra, porque si así no lo haceis, se apoderarán del lobo y lo matarán.

Ursus pensó en sus adentros:—Continuacion de los asesinatos; pero no dijo ni una palabra. Todo su cuerpo temblaba.

—Lo oís? le repitió el justicier.

Ursus contestó con un movimiento de cabeza.

—Será muerto, insistió el magistrado.

Hubo un momento de silencio.

—Estrangulado ó ahogado, y vos encerrado en la cárcel.

—Señor juez... murmuró Ursus.

—Partid antes de que amanezca mañana, porque sino, ya lo sabeis.

—Señor juez...

—Qué?

—¿Es indispensable que salgamos de Inglaterra él y yo?

—Sí.

—Hoy mismo?

—Hoy mismo.

—Y cómo?

Maesse Nicless respiró. Venía á favo-

recerle el magistrado, que le causaba miedo; la policía era su auxiliar, y le libraba de "semejantes gentes"; ella le proporcionaba el medio que él buscó en vano: la policía echaba de su posada á Ursus, que él quería despedir. Estaba tan contento, que quiso intervenir, y dijo:

—Señor juez, este hombre pregunta cómo es posible que pueda salir de Inglaterra hoy mismo, y nada es más sencillo. Hay todos los días y todas las noches amarrados al Támesis, á esta parte del puente de Lóndres como á la otra, varios buques, que salen para diferentes países. Van desde Inglaterra á Dinamarca, á Holanda y á España y á otras muchas partes. Esta noche muchos navíos saldrán á la una de la madrugada, que es la hora de la marea. Entre otros, parte el buque *Vograat*, de Rotterdam.

—Pues bien; salid de Inglaterra en uno de esos bajeles; en el *Vograat* mismo, dijo el justicier-quorum.

—Señor juez... replicó Ursus.

—Qué quereis decirme?

—Señor juez, si solo tuviese como antes una diminuta choza con ruedas, eso seria muy fácil, porque puede llevarla cualquier barco pequeño; pero...

—Pero qué?

—Que poseo la Green-Box, que es inmensa máquina, arrastrada por dos caballos, y por mucho que sea un navío, la podrá contener con dificultad.

—Eso no me importa, replicó el justicier; haremos matar al lobo.

Ursus se estremeció al oírlo, pensando en su interior:—Estos monstruos todo lo arreglan matando.

El tabernero, sonriendo, dirigió la palabra á Ursus:

—Maese Ursus, podeis vender la Green-Box; ya sabeis que os acaban de hacer proposiciones.

Ursus se quedó mirando á Nicless; éste continuó:

—Proposiciones para comprar el coche-teatro y los caballos; proposiciones para adquirir las dos gitanas; proposiciones...

—De parte de quién?

—De parte del dueño del circo que está al lado de la posada.

—Ah, es verdad!

El posadero, volviéndose hácia el justicier-quorum, le dijo:

—Señor juez, la compra puede realizarse dentro de pocas horas. El dueño del circo desea comprar el coche-teatro y los caballos.

—Hace bien, porque los necesitará; les serán muy útiles. Los reverendos de las parroquias de Southwark se quejan de las algazaras obscenas del Tarrinzeanfield, y ya el sheriff ha tomado sus medidas. Esta noche no quedará en todo él ni un solo barracon de volatineros.

El justicier-quorum se interrumpió para hacer una señal á Barkilphedro; éste le contestó:

—El honorable gentleman que se digna estar aquí presente ha venido esta noche de Windsor y trae órdenes; su majestad le ha encargado de limpiar el campo de la feria.

Ursus, que pasó la noche meditando, se habia propuesto á sí mismo varias cuestiones, porque, despues de todo, lo único que habia visto era un ataúd; pero, sabia si éste encerraba á Gwynplaine? Podia muy bien contener cualquier otro cadáver. Momentos despues del arresto de Gwynplaine se verificó tambien otro entierro. Ver un ataúd no probaba nada. *Post hoc non, propter hoc*, etc. Ursus acabó por dudar. La esperanza arde y luce en la agonía como el nafta en el agua: su llama sobrenada y flota eternamente sobre el dolor humano. Ursus acabó por pensar que era probable que hubiesen enterrado á Gwynplaine, pero que no era seguro; quizás Gwynplaine viviera aun.

Ursus, inclinándose ante el justicier-quorum, le dijo:

—Honorable juez, partiré, partiremos hoy mismo á bordo del *Vograat* é iremos á Rotterdam; deseo obedecer. Venderé la Green-Box, los caballos, las trompetas y las gitanas; pero se queda aquí un camarada, un compañero mio, que quisiera llevarme, Gwynplaine...

—Gwynplaine ha muerto, dijo una voz.

Ursus sintió la impresion de frio que causa el contacto de la piel de un reptil; Barkilphedro fué el que habló.

El último resplandor de la esperanza se desvaneció para Ursus; ya no podia dudar; Gwynplaine habia muerto; ese personaje debia saberlo, era bastante siniestro para estar enterado.

Maese Nicless seria un buen hombre á no haber sido tan cobarde; cuando tenia miedo era atroz, porque el miedo dá la suprema ferocidad, y murmuró entre dientes:—Esto lo simplifica todo. Por detrás de Ursus se frotó las manos con el gesto particular de los egoistas, que significa:—Ya estoy libre de ellos!

Desalentado Ursus, inclinó la cabeza,

creyendo que Gwynplaine habia sido condenado á muerte y él al destierro, y que no habia más remedio que obedecer.

Sintió que le tocaba en el codo el personaje que acompañaba al justicier-quorum. Ursus se estremeció otra vez. La voz que le dijo: *Gwynplaine ha muerto*, le murmuró al oído:

—Aquí teneis diez libras esterlinas que os envia una persona que os quiere bien.

Barkilphedro, diciendo esto, depositó encima de la mesa y delante de Ursus una bolsa.

Esas monedas eran parte de las que contenia el cofrecillo que sacó Barkilphedro de Windsor; de las dos mil guineas solo entregó diez, pero en conciencia era bastante: si hubiese entregado mayor cantidad la hubiera él perdido. El que se tomó el trabajo de encontrar un lord empezaba á explotarle, y era justo que le perteneciese el primer rendimiento que produjese la mina; los que crean que esto es una pequeñez, están en su derecho, pero esto no debe asombrarles. Barkilphedro era muy amante del dinero, sobre todo del robado; el envidioso es muchas veces avaro; Barkilphedro tenia sus defectos, porque cometer crímenes no impide el tener vicios.

Barkilphedro, volviéndose hácia el justicier-quorum, le dijo:

—Señor juez, dignaos terminar pronto; tengo mucha prisa: una silla de posta enganchada me espera, y dentro de pocas horas debo estar en Windsor, donde tengo cuentas que rendir y órdenes que tomar.

El justicier-quorum se levantó; fué á la puerta, que estaba cerrada con el pasador; la abrió, y sin decir palabra, mirando á los agentes de policía, les hizo una señal con el índice. El grupo de éstos entró entonces silenciosamente á la simple indicacion de la autoridad.

Maese Nicless, satisfecho del desenlace rápido que cortaba todas las complicaciones, estaba muy contento, sobre todo de que no prendiesen á Ursus en su casa; pues dos arrestos tan inmediatos en su posada, primero el de Gwynplaine y despues el de Ursus, podian perjudicar á la taberna, porque los bebedores no quieren que les moleste la policía. Maese Nicless se dirigió, pues, al justicier-quorum con la fisonomía sonriente, en la que el respeto atemperaba la confianza, y dijo:

—Señor juez, deseo hacer observar á vuestra señoría que los honorables indi-

viduos que le acompañan no son indispensables, desde el momento en que el lobo culpable vá á ser conducido fuera de Inglaterra y en que maese Ursus no se resiste á vuestras órdenes, que van á ser puntualmente obedecidas. Dignaos tener presente que las acciones respetables de la policía, que tan necesarias son para la tranquilidad del reino, perjudican á los establecimientos públicos, y que mi posada es inocente: libre está de los saltimbanquis de la Green-Box; no queda ya en ella ningun criminal, porque no supongo que sean delincuentes la jóven ciega ni las dos gitanas; por lo que os suplico que os digneis abreviar vuestra augusta visita y despedir á esos dignos señores que acaban de entrar, porque nada tienen que hacer en mi casa; despues de haber intimado la orden de destierro á Ursus y haberse éste resuelto á partir, á quién pueden arrestar ya aquí?

—A vos, le respondió el justicier-quorum.

No cabe discusion con una estocada que os atraviesa de parte á parte. Maese Nicless cayó aterrado sobre un banco.

Levantó tanto la voz el justicier, que se hubiera podido oír desde la plaza, á haber público en ella.

—Maese Nicless Plumptre, dueño de la taberna, este es el último punto que hay que arreglar. Al volatinero y al lobo se les arroja de aquí, como á vagabundos, pero vos sois el culpable. En vuestra casa y con vuestro consentimiento se ha violado la ley, y vos, hombre de orden é investido de responsabilidad pública, habeis consentido que se instalara el escándalo en vuestra casa. Queda retirada vuestra licencia, pagareis una multa é ireis á la cárcel.

Los agentes de policía rodearon al tabernero.

—Apoderaos tambien de ese muchacho, que es su cómplice.

El puño de un agente asió el cuello de Govicum, y éste le miraba con curiosidad. El muchacho estaba poco asustado, y al ver que sucedia una cosa tan singular, se preguntaba á sí mismo si aquello era la continuacion de la comedia.

El justicier-quorum, hundiéndose el sombrero y cruzando las dos manos sobre el vientre, añadió:

—Lo dicho, maese Nicless; os prendemos y os llevamos á la cárcel, á vos y al muchacho, y la posada Tadcaster quedará cerrada, condenada y sellada, para que sirva de ejemplo. Ahora podeis seguirnos.